

La política de la blanquitud y el patriarcado

Olga Amparo Sánchez Gómez

Casa de la Mujer

No hay lugar para la sorpresa ni para la ingenuidad. Lo que hoy presenciamos no es una ruptura con la historia, sino una nueva expresión de la colonialidad: la persistencia del orden colonial en nuestras formas de habitar el mundo, de comprender y ejercer el poder. Junto con el patriarcado, esa colonialidad busca restaurar una hegemonía cultural y política que nunca ha desaparecido del todo. En la sociedad colombiana persisten y se confrontan distintas maneras de entender las relaciones sociales, la economía, el poder, la cultura, la paz y la democracia. Desde hace décadas, el feminismo y los pueblos originarios hemos denunciado que ese legado colonial sigue produciendo jerarquías raciales, sexuales, culturales y patriarcales que determinan qué cuerpos, saberes, formas de vida y estéticas son reconocidos como legítimos, deseables y dignos de encarnar el nosotros colectivo.

No sorprende, entonces, que la blanquitud continúe operando como un proyecto cultural y político, sustentado también en una determinada estética del poder. Esa persistencia forma parte de una larga historia de dominación que el pensamiento feminista y decolonial ha venido cuestionando y desmontando. Lo que sí resulta preocupante es que, desde un gobierno que apenas comienza, se pretenda reconfigurar ese proyecto como una nueva hegemonía. No se trata únicamente de quiénes ocupan los cargos de poder, sino del intento de imponer una determinada forma de ser, de vestir, de creer, de gobernar y de habitar el país como el único proyecto legítimo de sociedad. Con ello se profundizan también los mandatos patriarcales que buscan imponer a las mujeres cómo debemos vestirnos, comportarnos, ocupar el espacio público e, incluso, qué formas de existencia merecen reconocimiento y legitimidad.

Ese orden no solo organiza las instituciones; también moldea nuestras subjetividades. Desde muy temprano nos enseña qué cuerpos merecen reconocimiento, qué acentos inspiran confianza, qué formas de vestir son respetables y qué maneras de vivir o de amar deben corregirse para ser aceptadas. Así, muchas mujeres, junto con personas afrodescendientes, indígenas y otros grupos históricamente subordinados, crecimos bajo el mandato de parecernos al modelo dominante para acceder al reconocimiento social. Quizá por eso llama la atención que, en un gobierno que apenas comienza, predominen casi exclusivamente cuerpos, estéticas y formas de ejercer el poder asociadas a esa idea de blanquitud. ¿Dónde están los cuerpos afrodescendientes e indígenas? ¿Dónde la diversidad de mujeres? ¿Dónde las personas LGBTIQ+? ¿Dónde las múltiples expresiones culturales que constituyen realmente a

Colombia?

Pero esa propuesta no se agota en la apariencia. La política de la blanquitud está profundamente entrelazada con el patriarcado y encuentra en el militarismo una de sus expresiones. La autoridad, la disciplina, la obediencia y la fuerza se exaltan como virtudes políticas, mientras el cuidado, el disenso y la diversidad son presentados como signos de debilidad. No se trata únicamente de una política de seguridad, sino de una forma de organizar la sociedad, distribuir el poder y producir subjetividades obedientes.

No es casual que ese proyecto venga acompañado de la defensa de la familia heterosexual como único modelo legítimo, de una moral religiosa convertida en criterio para la acción del Estado, de la belleza femenina entendida como un deber, joven, delgada, sonriente, sin canas, sin arrugas y, sobre todo, sin una voz que incomode, y de un nacionalismo que convierte el "todo por la patria milagro" en justificación para la exclusión y el disciplinamiento. Todo ello configura un mismo horizonte político: una sociedad homogénea, obediente, patriarcal, racial y sexualmente jerarquizada, donde las diferencias son toleradas solo mientras no cuestionen el orden establecido.

Si durante los próximos cuatro años ese proyecto logra consolidarse como sentido común, la disputa política dejará de librarse únicamente en el terreno de las reformas económicas, sociales o institucionales. Se jugará también en los cuerpos, en los imaginarios, en los afectos, en la escuela, en la cultura y en la definición de quiénes pueden representar el país y bajo qué condiciones. Esa es una disputa a la que el feminismo, el progresismo y los movimientos democráticos no siempre le hemos otorgado la centralidad que merece. Porque quien logra convertir su proyecto cultural y político en sentido común termina también imponiendo una moral, una idea de ciudadanía, una forma de ejercer el poder y un modelo de sociedad.



NOS PUEDES CONTACTAR EN:

WEB: www.casmujer.com

EMAIL: coordinacion@casmujer.com

ISSUU: <http://issuu.com/casmujer>

